

El campo en la vida y obra de Don Juan Valera

JOSÉ PEÑA GONZÁLEZ

Académico Numerario de la Real Academia de Córdoba

RESUMEN:

Este artículo pretende mostrar el importante papel que el campo andaluz y el modo de vida rural juega en los escritos del novelista español D. Juan Valera y Alcalá-Galiano. Tanto en sus novelas como en su correspondencia privada se encuentran abundantes referencias al olivar y al viñedo, que son cuidadosamente analizadas por el autor.

ABSTRACT:

This article attempts to show the important role that plays the andalusian country and the rural way of life in the writings of the spanish writer D. Juan Valera y Alcalá-Galiano. Both in his novels and in his private correspondence there are plenty of references to the olive grove and the vineyard, that are carefully analysed by the author.

Casi al inicio de su biografía sobre Valera, Carmen Bravo Villasante hace la siguiente declaración de entrada:» En Cabra, en Doña Mencia, está soterrada muy honda la raíz de Valera. Como un olivo, como una viña, se hunde en lo profundo de la tierra cortijera, aunque se disponga a ser hombre de mundo y cortesano». ¹ Nada más exacto. El hombre de mundo, el diplomático, el gran señor de los aristocráticos salones madrileños, el académico, el senador vitalicio, el único escritor español del siglo XIX que conoce los dos hemisferios, el políglota que lee a los grandes autores de la literatura universal en su lengua vernácula y que además domina el latín y el griego clásico; todo esto y mucho más no restan un ápice a su vocación de agricultor que a duras penas puede mantener el pequeño

¹ Bravo Villasante, Carmen: «Vida de Juan Valera». Madrid, 1974. Pág. 24.

«caudalejo» agrícola heredado de sus padres. Valera siente el campo y lo vive con extraordinaria pasión. En su correspondencia con Don Francisco Moreno, acaudalado labrador de Doña Mencía, le pone al tanto de las últimas novedades para la vinificación y las técnicas más apropiadas para el cultivo y azufrado del olivar.

El campo andaluz es en Valera el cordón umbilical que le mantiene unido para siempre a la tierra que le vio nacer. Ha visto muchos campos y muchos paisajes, pero serán los de la subbética los que impregnaran para siempre su retina. De ahí su recurrente manifestación de acabar sus días en Cabra o Doña Mencía cuidando el patrimonio familiar y asistiendo a las tertulias de sus convecinos en el Casino local. La plúmbea correspondencia valeriana está llena de estos deseos. Siempre manifestó su voluntad de poseer casa en Cabra para retirarse con sus libros y vivir sus últimos años en medio de aquel paisaje, que tan fielmente trasladó a sus novelas.

El campo andaluz está muy presente en toda la obra valeriana. En sus novelas, por supuesto, pero también en sus abundantísimas cartas y en el contraste con otros paisajes de ese amplio mundo que ha recorrido. En este sentido llama especialmente la atención la descripción del paisaje brasileño que transmite a su amigo y maestro literario Serafín Estébanez Calderón, «El Solitario», en una correspondencia que debemos a Carlos Sáenz de Tejada, y que como casi todo lo de Valera es una obra maestra de simplicidad y elegancia.

Decía Pemán de Valera que era «un escritor aparte», difícilmente clasificable.² Aquí el escritor gaditano coincide con Clarín que hablaba de las «cosas de Valera» para explicarse alguna de las características literarias de Don Juan.³ Quizá la explicación estriba en el hecho de que Valera había sabido impregnar su literatura culta de modismos campesinos. Su gran habilidad de cuentista reputado la debe en parte a saber trasladar al papel los cuentos que las criadas de la casa le contaban de pequeño, y que fueron almacenándose en su prodigiosa memoria. Cuando ya mayor, junto al Conde las Navas, Campillo y el Doctor Thebussem escriban los «Cuentos y Chascarrillos Andaluces», en sólida comandita literaria y bajo los sonoros y populares seudónimos de «Fulano, Zutano, Mengano y Perengano», deje una prueba más de su maestría en el difícil género literario del «cuento» y la «narración breve», tendrá muy presente los relatos que al atardecer, en

² Véase Discurso de Contestación a Manuel Halcón en su ingreso en la RAE el día 9 de diciembre de 1962. Madrid, 1962. Pág. 34.

³ Más recientemente Montesinos afirma que Valera es «una anomalía» en la vida literaria española, por sus especiales y casi únicas características.

invierno alrededor de una mesa camilla, con brasero y badila para mitigar los fríos inviernos o en las frescas noches veraniegas de su patio, escuchaba con la avidez del niño abierto a todo y a todos.

El artista nato que es Don Juan Valera se aproxima al campo no sólo con la visión estética. Como años más tarde Halcón, el gran novelista sevillano, y también agricultor, Valera se coloca frente al campo «no en una beata posición contemplativa y esteticista. El campo para el labrador no es paisaje», escribe Peman.⁴ Se puede decir que al menos no es todo sólo y exclusivamente paisaje. Es bastante más. Es la verdad que sale de la tierra y le ayuda a explicarse, con razones muy primitivas, las profundas verdades del mundo. El campo es casi todo. Es color y es olor. Es sinfonía de sonidos que superan el concepto de ruido y que en ocasiones parecen salidos de una orquesta. Es la relación del hombre con el medio. Las grandes agriculturas europeas se dan en aquellos países que han sabido unir, casi sin darse cuenta, el campo y la ciudad haciendo de estas dos realidades contrapuestas, una síntesis perfecta. Es el caso de Francia, por ejemplo. El paisaje agrícola forma parte del contexto urbano. Campo y ciudad no son realidades opuestas, sino un complejo único aunque diverso en sus partes. No es ninguna casualidad que Don Juan, buen conocedor de la cultura francesa, tuviera respecto al campo, una idea muy parecida a la de nuestros vecinos. No es tampoco excesivamente raro que el mejor biógrafo de Valera— me refiero evidentemente a Don Manuel Azaña —fuera agricultor en su mocedad, y su primera conferencia magistral respondiera al significativo título de «El campo laudable».⁵

El campo en Valera es también «sentimiento». Un rasgo igualmente muy francés que tiene entre sus mejores cultivadores a alguna de las grandes figuras de la literatura francesa y universal. El sentimiento supone la interrelación del hombre con el medio. Las sensaciones percibidas por el sujeto activo cuando se sitúa sobre las coordenadas espaciales. Es decir, cuando el talento humano aporta «novedad» creadora al espacio físico. En conclusión cuando se pasa de la naturaleza a la civilización. La mezcla de todo ello se llama cultura. Y es esta cultura reflejada en la agricultura, y en las vivencias y sentimientos del campo lo que hace posible el avance de la humanidad. Gracias a la agricultura, el hombre abandona su nomadismo y se hace sedentario. Se arraiga en un territorio que cuida y mimas, porque de su buen cultivo depende su felicidad y su vida. La agricultura al fijar los

⁴ Op. Cit. Pág. 37.

⁵ Es como designa a su lugar de origen en una juvenil conferencia pronunciada en Alcalá de Henares, la vieja Compluto a orillas del Henares.

hombres a la tierra, crea el noble concepto de pueblo, desarrolla los hábitos sociales, estimula la convivencia y al final dará lugar al concepto de nación. Son pues muchas las cosas que el hombre ha puesto sobre el campo y más las que, gracias a ello, el campo le ha devuelto.

Valera vive sentimental y estéticamente el campo andaluz. Se sabe como clásico heredero de los Horacios y los Virgilio cuya tumba ha admirado en su etapa de *attaché ad honorem* en Nápoles. Pero como español y andaluz universal sabe que arrastra la visión campesina de Varrón, Pomponio Mela, Columela y Marcial. Vive el campo en su aspiración política, recorriendo los lugares de sus distritos electorales y sintiendo en sí mismo las consecuencias del caciquismo tan arraigado en las tierras del sur. Ve el campo como el remoto horizonte para el día de su jubilación o cuando consiga un «buen turrón» que le ayude a superar su «sindineritis» crónica y permitirse el lujo de «literatear» seis meses al año entre Cabra y Doña Mencía. En su correspondencia hay abundantes pruebas de este deseo que jamás vio cumplido.

También las reservas sobre la forma de actuar de sus distintos administradores. Sus lamentos ante la falta de numerario que percibe de estas tierras cuya renta es cada día más escasa, y en cambio le exigen mayores desembolsos para su mantenimiento. Valera tiene una relación afectiva fuerte y grande con el campo. No es sólo una propiedad inscrita en el Registro. Es mucho más. Es el esfuerzo de su padre, el viejo lobo de mar, que se enclaustra en Doña Mencía para hacer economías que permitan a su mujer –la marquesa de la Paniega– vivir en Granada o Madrid, buscando un mejor horizonte para sus hijos. En el campo menciano y en los Balanchares egabrenses están enterrados muchos de los trabajos de Don José Valera y Viaña y todos sus sueños y también sus desengaños. Por eso Valera no quiere vender. Hay al respecto un dato definitivo. Cuando en 1872, recién muerta la madre y con el reciente matrimonio haciendo aguas por cuestiones «crematísticas», que diría Valera, su esposa –Doña Dolores Delavat– le pide que venda El Alamillo, la finca heredada de su padre, la respuesta de Valera es tajante: No estoy dispuesto a ello y lucharé hasta el fin para que se mantenga en la familia. Gracias al Alamillo, le dice, mi hermana Ramona es marquesa de Caicedo, y Sofía, la otra hermana, duquesa de Malakoff, y yo mismo Embajador de España y Académico. Y todo ello, remacha, ha salido del esfuerzo y las privaciones de mi padre para sacar de El Alamillo, las rentas necesarias para mantener la familia. Y efectivamente así fue. Don Juan no vende, y cuando en ocasiones le apremian sus acreedores, le escribe a su amigo Moreno que, si no hubiera más remedio, procure que la compre su pariente Joaquín, con lo que, al

menos, el escaso patrimonio de los Valeras, gentilhombres e hidalgos venidos a menos, se quede en la orbita familiar. Don Juan siente el orgullo del pequeño labrador, que, sin embargo, no cambia sus productos por nada, porque los considera los mejores. Llama la atención en su correspondencia que, tras una exquisita comida en sede diplomática, bien sea en el palacio real de San Petersburgo o en la exquisita ciudad de Dresde, escriba que ha saboreado unos magníficos vinos, pero que los suyos de Doña Mencia, no le van a la zaga a los mejores caldos del Rhin o del Mosela. En otras ocasiones se lamenta la poca habilidad para colocar nuestros vinos fuera de España, y los cree dignos de hacer la competencia a los afamados Burdeos de la vecina Francia.

Valera es un labrador modesto en tierras de grandes propietarios con los cuales convive en los salones madrileños. Los Osuna, los Frías, los Fernán Núñez son sus compañeros de tertulias y grandes terratenientes en el sur de España. Todos ellos tienen buenas y extensas propiedades en Córdoba. Valera tiene un pequeño «caudalejo», que a diferencia de sus amigos madrileños conoce y siente como propio. En el momento de su fallecimiento y según los datos que constan en su testamento, los bienes inmuebles de Valera, todos ellos repartidos entre Doña Mencia y la sierra de Cabra, son los siguientes:

- 1º Una casa en Doña Mencia, señalada con el nº 4 de la calle Llana, heredada el año 1873 de su madre la marquesa de La Paniega.
- 2º La tercera parte proindiviso de El Alamillo, entre Doña Mencia y Baena, con 43 fanegas de viña y casa con lagar, bodega y «oficinas de labor y recreo». Lo había heredado de su padre, junto con sus hermanas Ramona y Sofía, en virtud de testamento otorgado por el Brigadier en Madrid el 22 de noviembre de 1860.
- 3º Dos viñas proindiviso en el termino de Baena denominadas «Poca sangre» y «Trabuco», por herencia de su madre.
- 4º tres suertes de olivar en el sitio de El calatraveño, termino de Doña Mencia, por herencia de su tío también llamado Juan Valera.⁶

Este modesto patrimonio era el orgullo del labrador Juan Valera. Y del mismo se hace eco con frecuencia en su obra escrita. No sólo en su correspondencia que hoy está ya en gran parte exhumada, sino en sus

⁶ Todos estos datos están tomados de Julián García. *El Egabrense de Cabra*, 19 de julio de 1975.

principales creaciones literarias.⁷ De ahí que hayamos titulado esta comunicación con el nombre del campo no sólo en la vida sino también en la obra de Valera. Porque, además, pocas veces en la literatura, se da una mayor complicidad entre el autor y el medio en que se desarrolla la acción. Por eso hay que acudir a sus obras para ver reflejadas en las mismas las ideas valerianas sobre el campo.

Gran parte de la fama como novelista de Don Juan Valera se debe, como recuerda Bernardino de Pantorba⁸, a la novela «Pepita Jiménez». Tenía ya cerca de cincuenta años, cuando Don Juan hace este esplendido regalo de madurez creativa a la ciudad que le vio nacer. Es una historia real de su familia que supo llevar al texto literario con extraordinaria habilidad y elegancia.

En esta obra, como en casi todas las de Valera, hay permanentes referencias al tema agrícola. El campo andaluz está muy bien descrito en la obra valeriana. En esta su primera novela, publicada por entregas de acuerdo con la costumbre de la época en la Revista España el año 1874, Don Juan relata la visita que su protagonista Don Luis hace a la huerta de Pepita, «un hermoso sitio, de lo más ameno y pintoresco que puede imaginarse». También una excursión al Pozo de la Solana, la finca de Don Pedro de Vargas, «una posesión magnífica, variada y extensa. Hay allí más de ciento veinte fanegas de viña vieja y majuelo, todo bajo una linde, otro tanto o más de olivar, y por último un bosque de encinas de las más corpulentas que aún quedan en pie en toda Andalucía»⁹

Si «Pepita Jiménez» es el gran regalo a Cabra. Juanita la Larga es el espléndido fruto de la ancianidad de Valera y su tributo a Doña Mencía. Tiene más de setenta años cuando sale a la luz esta obra maestra. Recuerdos vivos de su tierra menciana, a la que ha dedicado otras obras salidas de su fértil pluma. En «Juanita la Larga», toda la acción transcurre, como recuerda Carmen Bravo Villasante «en un pueblo de Andalucía, de cosecheros y ricos hacendados. Hay un lejano fondo de paisaje de olivares y huertas en las que el orden y la inteligencia del hombre han logrado sus

⁷ La correspondencia valeriana fue publicada por primera vez por su hija y más tarde utilizada por Azaña para escribir su obra inédita, hasta la fecha, «Vida de Don Juan Valera». Después Coster, Artigas, Carlos Sáenz de Tejada, De Juan Lloviera, Matilde Galera, y en la actualidad Romero Tobar y Contreras Carrillo están sacando a la luz fragmentos de esta amplísima correspondencia.

⁸ Vease su obra «Juan Valera». Madrid, 1969. Pág. 145.

⁹ Ambas referencias en la primera parte de «Pepita Jiménez». En *Cartas de mi sobrino*.

mejores frutos. El pueblo se llama Villaalegre y en este lugar de simbólico nombre, vive la alegre Juanita».¹⁰

Don Gregorio Sánchez Mohedano en su libro *Don Juan Valera y Doña Mencía* recoge textos de la obra valeriana que retratan a la perfección el campo menciano.¹¹ Así en *Las ilusiones del Doctor Faustino* escribe: «Situada la población, cuyo nombre se guarda para mayores cosas, a la falda de un árido peñascal o pelado cerro y rodeada de montes por todas partes, abarca sólo el espectador, aunque se coloque en lo más alto del campanario, un horizonte harto mezquino. Apenas hay huertas en las cercanías, sino viñas, olivares y tierras de pan llevar». Más adelante añade: «Los olivares y las viñas cubren la mayor parte del terreno cultivable. Los peñascos áridos, que forman las cumbres, no tienen cultivo ni pueden tenerlo. Las diversas heredades y haciendas están separadas entre sí, y de los caminos y veredas, por vallados de zarzamoras y pitas». Parece que está pintando un cuadro, más que escribiendo una novela. La pluma en Valera se hace pincel fidedigno de su paisaje menciano.¹²

En «El Comendador Mendoza», «La Cordobesa», «El bermejino prehistórico» y «El cautivo de Doña Mencía», las referencias a esta tierra y su campo son permanentes. Valera vive y disfruta «un sibaritismo rústico» donde «el campo andaluz y toda la minuciosa descripción de faenas agrícolas y costumbres cortijeras dejará transparentar al fondo –irónicamente– una bucólica de Virgilio». Valera desde esta perspectiva es el notario fidedigno de una época histórica que conocemos como la Restauración. Canta sus ciudadades, sus pueblos y sus lugares, pero también sus costumbres, tradiciones y muy especialmente sus gentes. Porque como buen clásico «el único verdaderamente clásico de nuestros poetas» le llama Menéndez Pelayo, desde su clasicismo sabe que «el hombre es la medida de todas las cosas, de lo que es y de lo que no es». Esta simple filosofía que tiene mucho de raíz campesina es la clave valeriana para entender el campo desde la mirada aristocrática de un viajero ilustrado.

¹⁰ Op. Cit. Pág. 282. En el resto de la obra valeriana. Doña Mencía aparece como Villabermeja y sus habitantes son los bermejinos.

¹¹ Sánchez Mohedano es en Doña Mencía lo que Don Juan Soca para Cabra. Los mejores «amigos de Valera», y a veces lamentablemente casi los «únicos». Supieron mantener encendida la llama valeriana, cuando muy pocos se acordaban de Don Juan. Por eso he mantenido que tanto Cabra como Doña Mencía tienen una gran deuda con ambos estudiosos.

¹² Tomadas del capítulo IV de la novela.